

Discurso del Acto de Graduación de 1964.

PATRIA L. CARIDE DE POUSA

Excelentísimo Señor Presidente de la República
Señores Ministros de Estado
Honorables Miembros del Cuerpo Diplomático
Señor Rector de la Universidad
Señor Decano General
Señores Decanos de Facultad
Señores Profesores
Compañeros Graduandos
Señoras y Señores:

Nos congregamos ante la hermosa realidad de una meta alcanzada; la esperanza que ayer fuera sueño ha concretado, fecunda, en un título universitario y en una conciencia social que nos permitirá la recta comprensión de inquietudes y problemas nacionales.

Resulta, pues, muy justo y placentero, volver la mirada hacia la tarea de aquellos profesores, cuya capacidad orientadora robusteciera la llama de superación, y dar las gracias, también, a la familia universitaria que en una u otra forma nos acogiera generosamente.

Ningún acto puede ser más propicio porque la Universidad sigue y seguirá siendo el vigilante activo de nuestro pensamiento nacionalista, para expresar algunas reflexiones en torno a la misión que nuestra Casa de Estudios debe llenar dentro del medio social.

El Drama de la Educación:

El fenómeno educativo está condicionado por diversas circunstancias históricas, sociales, económicas y políticas. La educación actual vive el

mismo drama que la civilización, es decir, el hombre incapacitado para dar respuesta a los continuos retos que plantean los cambios de la época.

La Universidad no puede ni debe sustraerse del medio ambiente que la circunda. La Universidad debe ser, básicamente, fuente generadora de hombres responsables de sus actos como individuos y como miembros de la colectividad. Tal como expresara Octavio Méndez Pereira, "Maestro de la Juventud Panameña": "No puede hoy ninguna Universidad volverle la espalda presuntuosa y aristocrática a la angustia del mundo que lo rodea, cuando son ellas las más llamadas a arrojar luz sobre la noche de las conciencias, a echarse a las calles para oír a los que sufren, a estudiar sus males y tratar de resolverlos. . ."

La Universidad sólo puede cumplir la función creadora, que le es propia, si encauza sus afanes hacia la realidad tangible de nuestra cultura y proyecta, sobre ella, su fuerza renovadora de ideales para que la vida nacional deje de ser vivero de oligarquías indeseables que sólo pretenden debilitar nuestra unidad social.

Casi tres decenios han transcurrido desde que anhelos entusiastas fructificaron en la fundación de la Universidad de Panamá para escrutar, desde aquí, el porvenir incierto de la joven república. Nuestra generación es depositaria de ese legado que se forjó entre egoísmos absorbentes que tendían a desvirtuar su auténtica misión. Y lo que aquéllos construyeron con penurias y sacrificios debemos afianzarlo con voces de entusiasmo, desterrando, a la vez, con severa revisión y crítica, esa inversión de valores que aniquila la vitalidad e integración de la comunidad universitaria en función de cultura.

El Sentido Moral de la Responsabilidad:

Es importante señalar que el "sentido moral" brota y se alienta bajo el imperativo de un patrón cultural. En la Universidad ello se traduce en una doble vertiente de formación profesional y formación de carácter. La voluntad individual es la fuerza rectora de la superación. Pero si este atributo fundamental de todo estudiante responsable no se complementa con una orientación adecuada que, desafortunadamente, se desvirtúa en la rutina gris de conferencias incoloras, habrá campo propicio para anular la solidaridad y comprensión que debe existir entre alumnos y profesores.

Concepto Moderno de Universidad:

Investigación, profesión y educación se aúnan en elocuente simbiosis para darnos una síntesis del concepto moderno de Universidad.

En las naciones pequeños —como la nuestra— estas tres palabras deben adquirir una beligerancia que trascienda toda interpretación idealista y teorizante; porque solo, de esta manera, podremos responder, cabalmente, a una sociedad que finca su futuro en la Universidad, es decir, en una cultura integral que sea capaz tanto de armonizar las diferentes áreas del conocimiento como de afianzar la conciencia colectiva. Esta misma formación exigirá del individuo la utilización adecuada de su propio idioma, el desenvolvimiento gradual de una sensibilidad que vibre ante las palpitaciones de la expresión estética; en fin, que el hombre comprenda que el mundo de hoy —de una complejidad evidente— está regido también por la Ciencia, que en cierto sentido, influye sobre todas las manifestaciones del humano vivir.

Una Universidad es un centro de trabajo, de estudio y de investigación, en el entendimiento de que trabajo, estudio e investigación deben afincarse en la realidad concreta de las necesidades del país. Aún las más sencillas inquietudes universitarias, que propugnan por reformas fundamentales en todos los órdenes de la vida académica, deben surgir como consecuencia del estudio serio, comparativo si se quiere, de lo que han hecho y siguen haciendo centros de más larga tradición académica, que nuestra Casa de Estudios.

Esta tarea, trascendental por cierto, debe estar en manos de los elementos universitarios —profesores y estudiantes— de mayor capacidad, quienes empujados por reconfortantes deseos de superación, emprendan una reforma integral de planes y de programas de estudios, de prácticas y procedimientos administrativos y docentes. Una reforma que responda al sentir colectivo, que, en consecuencia, ha de encontrar cauce libre a través de formas conscientes de acción en el seno de la comunidad universitaria.

La Política Universitaria:

La Universidad —centro de inquietudes— no puede ser insensible a las palpitaciones de la vida política. Pero, si bien es cierto que la política —rectamente entendida— es elemento vital dentro de la Universidad, no es menos cierto que ella no debe ir en detrimento de los estudios académicos. Debe existir una confluencia de ambos elementos, de manera tal, que no se deforme el sentido de lo uno y de lo otro.

Hay que reforzar el sentido auténtico de la política en la universidad. Nuestra Casa de Estudios confronta una situación paradójica: en vez de ser ella la que trascienda y sirva de ejemplo político a la ciudadanía, resulta que es la política criolla, corrompida y deformada la que tiende a penetrar en aquélla. Se precisa, pues, una toma de conciencia que ponga.

fin a estas prácticas que lesionan sensiblemente, el prestigio de la Universidad. Política sí; pero política de altura debe ser la nueva consigna de la comunidad universitaria.

La Universidad y los Problemas Nacionales:

Para nosotros, que tenemos que ver el mundo desde una perspectiva diferente y conforme a nuestra generación, el desenlace de los acontecimientos de enero no constituye otra cosa que la agudización de un conflicto tan viejo como la República. El hecho de que una nación extranjera ocupe —no sólo en virtud de tratados indecorosos, sino por la fuerza, un importante sector de nuestro territorio ha constituido y seguirá constituyendo motivo de discordia y tensión permanentes. Los Estados Unidos de Norteamérica, fundamentándose en anacrónicas teorías jurídicas pretenden mantener sobre los pueblos de América un tutelaje ignominioso que obstaculiza el desarrollo de las potencialidades económicas, políticas y sociales de éstos.

Aquellas falacias con que algunos panameños pretenden justificar la incidencia de los norteamericanos en la economía nacional, sólo pueden ser producto de un sentimiento de inferioridad patriótica. Hacerse eco de semejantes afirmaciones es tanto como considerarnos incapaces y estar dispuestos a seguir llevando sobre nuestras espaldas el peso de las humillaciones y la deshonra.

El lenguaje de nuestros mártires es claro. En torno a esa voz firme e indignada, en torno a esa voz aún sangrante y viril, el país debe y tiene que trazar sus futuras metas. Caer en la conciliación entreguista, acudir a procedimientos deshonrosos, dar la espalda a tanta sangre derramada con el objeto de obtener migajas, volver a hablar de "operaciones de amistad" y de "alianzas para el progreso" a estas alturas, es tanto como colocar la traición en un pedestal glorioso y arrojar nuestra bandera a las fauces de la indignidad.

La historia hizo un reto a nuestro pueblo. . La actitud patriótica del Excelentísimo señor Presidente de la República, don Roberto Francisco Chiari, no necesita mayores comentarios. La denuncia de agresión, el rompimiento de relaciones y el mantener la ruptura hasta que los Estados Unidos se comprometan a negociar un nuevo tratado es la respuesta categórica a ese reto. En esta posición debemos mantenernos sin desmayos: un nuevo tratado que elimine la cláusula "o perpetuidad"; que garantice la neutralidad y la neutralización del Canal; que restituya la soberanía efectiva de Panamá sobre la Zona del Canal en el orden administrativo y jurídico; en fin, que nos permita disfrutar de una Patria verdaderamente libre y soberana, y dueña de su propio destino.

Sabemos de antemano que esta posición, de mantenerla nuestro país, traerá un mundo de represalias. Gran Bretaña, Francia, España y otros países, han sentido el retiro de la "ayuda" norteamericana, en los últimos meses, en virtud de algunas discrepancias sobre política exterior.

¿Qué no se espera, pues, que hagan con un país pequeño, desarmado, dependiente y de escaso desarrollo industrial? Nosotros no nos llamamos a engaños. Nosotros esperamos que lo hagan todo. Pero, los pueblos de África son el gran ejemplo. Allí están los pueblos de Asia y del Cercano Oriente dando la gran batalla por su liberación. También a ellos se les trata de sitiar por hambre. Sin embargo, no claudican. Se mantienen firmes, erguidos, en pie de lucha. Esos pueblos no ignoran que el futuro les pertenece por completo. Y nosotros sabemos que el futuro es de ellos.

Panamá pertenece a la misma categoría de los países que luchan por su independencia y liberación nacional y de igual manera que los pueblos de África, Asia y el Cercano Oriente, tiene que erguirse con dignidad y dar la gran batalla por su futuro. Panamá debe, al mismo tiempo que se plantea la recuperación de la soberanía en la Zona del Canal, volver la mirada hacia nuestros recursos aún vírgenes; industrializar el país, desarrollar al máximo la agricultura, buscar nuevos mercados y comerciar sin discriminaciones de ninguna índole. En la misma medida en que logramos desarrollar nuestras fuentes de riqueza y establezcamos lazos comerciales con todos los pueblos que estén dispuestos a hacerlo, estaremos entrando en una etapa de independencia que nos pondrá a la altura de los tiempos que corren. Nunca podrá haber educación bien entendida si no se fomentan las fuentes de producción y se crea el hábito del trabajo. Si nuestro país no llega a poseer una economía sólida —fomentada con criterio nacional— la Universidad va a estar imposibilitada para cumplir su cometido.

La Universidad de Panamá no puede vivir al margen de estos acontecimientos. El papel que le corresponde jugar, en esta etapa decisiva para el país, es de fundamental importancia. Tiene que poner todos sus recursos al servicio de la causa nacional. Tiene que erguirse en función de nacionalidad agredida. Tarea nada fácil, si tomamos en consideración, que esos recursos, de que hablamos, se mantienen potencialmente vírgenes y virtualmente anquilosados.

Los estudiantes del país han sido los profetas de esta hora. Desde 1943, cuando se fundó la gloriosa Federación de Estudiantes de Panamá, el movimiento estudiantil panameño ha librado batallas heroicas y planteado medidas prácticas para elevar la capacidad de la enseñanza en sus distintos niveles. Esta lucha de los estudiantes siempre estuvo encaminada a encontrar medidas para contrarrestar los efectos de la penetración imperialista en nuestros sistemas de enseñanza.

Esta lucha, destinada a afianzar los valores de nuestra nacionalidad, ha cobrado verdadero vigor en el transcurso de los últimos años. El programa de Reforma Universitaria es la síntesis, al nivel de la enseñanza superior, de los más caros anhelos de nuestra patria.

La Reforma Universitaria se reduce —en términos generales— a la democratización de la enseñanza y al ajuste de los programas de educación a las necesidades del país. ¿Qué queremos decir cuando hablamos de democratizar la enseñanza? Simplemente, hacerla accesible a todos los estudiantes con deseos de superación profesional; eliminar barreras económicas; crear sistemas de becas; ensanchar la ciudad universitaria; crear residencias estudiantiles; desarrollar un amplio programa de extensión universitaria. ¿Qué queremos expresar cuando hablamos de ajustar los programas de educación a las necesidades del país? Queremos afirmar que frente a las apremiantes demandas del desenvolvimiento económico, la Universidad debe propiciar estudios de orden técnico con el objeto de preparar un elemento capaz de hacer frente al desenvolvimiento industrial y económico de nuestro pueblo.

El desarrollo de los acontecimientos actuales ha hecho evidente la necesidad de la Reforma Universitaria. El papel que la Universidad debe desempeñar en esta hora crítica para el país, es de suma importancia. Debe cesar, de una vez y para siempre, la incomprensión hacia los planteamientos reivindicativos de una juventud, lo suficientemente madura, para dar lucas, y afrontar, en la práctica, las ingentes tareas relacionadas con nuestro desarrollo cultural y la defensa de la patria.